

á su lado para tributarle mis últimos obsequios. Su cadáver fué transportado al Real Monasterio de El Escorial, con la pompa acostumbrada, y el Príncipe de Maserano, Capitán de guardias de Corps, fué el que hizo su entrega. Su padre hizo la de Fernando el VI y su abuelo la de Felipe V.

Dichosa España si su hijo y sus nietos heredan, como lo deseo y espero, los aciertos y virtudes de este gran Rey.



## CAPÍTULO ÚLTIMO

*De las calidades y vida interior del Rey Carlos.*

**H**ASTA ahora hemos visto la vida exterior y los hechos de mi amado Monarca, mirado sólo como tal en el dilatado espacio de sus dos reinados de Nápoles y España, que parecieron bien cortos á todos sus vasallos. Réstanos sólo examinarle como hombre en su vida interior y en sus calidades privadas, á lo cual dedico únicamente este último capítulo de su historia, que puede decirse fué el único que me propuse tratar para mi consuelo, cuando lo empecé en mi primer momento de dolor, luego que recibí la tristísima noticia de su muerte.

Era el Rey Carlos de una estatura de cinco pies y dos pulgadas, poco más; bien hecho, sumamente robusto, seco, curtido, nariz larga y aguileña, como lo demuestra su retrato, muy

semejante, que está al principio de esta obra, y que hice grabar de uno muy parecido, añadiéndole las inscripciones al pie. Había sido en su niñez muy rubio, hermoso y blanco; pero el ejercicio de la caza le había desfigurado enteramente, de modo que cuando estaba sin camisa, como le ví muchas veces cuando le servía como su gentil hombre de cámara, parecía que sobre un cuerpo de marfil se había colocado una cabeza y unas manos de pórfido, pues la mucha blancura de la parte del cuerpo que estaba cubierta, obscurecía aún más el color obscuro de la que estaba expuesta continuamente á la intemperie. Su fisonomía ofrecía casi en un momento dos efectos, y aun dos sorpresas opuestas. La magnitud de su nariz ofrecía á la primera vista un rostro muy feo; pero pasada esta impresión, sucedía á la primera sorpresa otra aún mayor, que era la de hallar en el mismo semblante que quiso espantarnos una bondad, un atractivo y una gracia que inspiraba amor y confianza.

Era naturalmente bueno, humano, virtuoso, familiar y sencillo en su trato, como en su vestido y en todo, y nada le era más contrario que la afectación, la ficción y la vanidad, llevando en algún modo al exceso su aborrecimiento á estos defectos, pues alguna vez no buscaba, ni se persuadía pudiese haber en los que tenían la

desgracia de dejarlos de conocer otras calidades que pudiesen compensarlos.

Nada ofendía más al Rey que la mentira y el engaño, y así como todo lo perdonaría al que con verdad y franqueza le confesase su delito, así también el más leve era para él grave cuando le hallaba inculcado con la falsedad, la ficción ó la mentira. De aquí se seguía que hacía más vanidad de ser fiel á su palabra que pudiera el más honrado particular, sin limitar esta calidad á los asuntos políticos y á la fe de sus inalterables Tratados. Así es que toda la Europa dió siempre una fe ciega á lo que dijo, y que su palabra era creída y respetada por todos los Monarcas, que jamás dudaron de ella. La misma nación portuguesa, que aborrece en general á la española y su dominio, por la vecindad y por los justos motivos de desconfianza y enemistad que debe inspirar siempre á una potencia menor otra superior, bajo cuyo dominio ha estado, luego que se hablaba del Rey que decir (1): ¡Ah! *El Rey Carlos lo ha dicho; no hay que dudar.* Si los tres Felipes reinaron por la fuerza sobre el reino de Portugal, el Rey Carlos III puede decirse ha sido el primer Rey español que ha podido reinar sobre sus corazones. Yo he tenido la gran satisfacción de haberle levantado

(1) *Sic*, porque el autor tachó lo mismo era hablar, y lo substituyó, de su letra, por luego que se.

un arco de triunfo en medio de la plaza del Rocío de Lisboa, con las inscripciones que se hallan en la nota 14, y de ver que, lejos de excitar el enojo de los portugueses, leían y releían con gusto su nombre y alabanzas, aumentándolas con las propias.

Era naturalmente de genio alegre y gracioso, y si su dignidad se lo hubiera permitido, hubiera tenido particular talento para remedar, pues á veces lo hacía en su interior con gracia, aunque muy de paso, y se conocía trabajaba para no dejarse llevar en esta parte de su genio. Como había sido siempre muy popular, y vivido con la gente del campo, y en Nápoles había conocido á fondo á los *lazaronis*, que son unos truhanes muy originales y graciosos, tenía mucho de que echar mano para hacer valer su natural disposición, pues nada se le escapaba, y con su modo de mirar, que manifestaba su viveza y penetración, volviendo los ojos sin que se conociese, veía cuanto se hacía á todos lados.

Su afabilidad con las gentes más humildes que le servían era tal, que en La Granja, viendo un día el Duque de Arcos, Capitán de guardias, que una mujer del campo se le arrimaba á hablarle con demasiada familiaridad, la quería hacer apartar, y el Rey le dijo: *Déjala, Antonio; es mi conocida; es la mujer de Fulano*, que era uno de los monteros. Cuando iba con el som-

brero puesto, fuese á pie ó á caballo, ó en birlocho, gobernándolo él mismo, como solía hacerlo en Aranjuez, se le quitaba á las personas que conocía, y generalmente á las de modo que encontraba, y siempre á todos los eclesiásticos ó religiosos, y á las personas inferiores que conocía, aunque fuesen sus criados menores, los miraba con agrado ó hacía alguna insinuación con la cabeza ó con los ojos, que eran muy expresivos, de modo que los acreditase que los veía con gusto y no con indiferencia.

Su vestido era siempre el más sencillo y modesto. Pasaba en el Sitio de El Pardo desde el 7 de Enero hasta el sábado de Ramos, que volvía á Madrid. Allí estaba diez días, y el miércoles, después de Pascua, por la mañana, á las siete, salía para Aranjuez, donde permanecía hasta últimos de Junio, día más ó menos. Pasaba en Madrid desde este día hasta el 17 ó el 18 de Julio, que marchaba á comer, cazar y dormir á El Escorial, y de allí, al día siguiente, al Sitio de San Ildefonso. Allí se detenía hasta el 7 ó el 8 de Octubre, que bajaba á El Escorial, de donde se restituía á Madrid entre el 30 de Noviembre y el 2 de Diciembre, y permanecía allí hasta el 7 de Enero siguiente, de modo que pasaba en Madrid unos setenta días y el resto del año en el campo. La libertad que en él gozaba era más conforme á su genio, pues podía salir fácil-

mente y sin séquito á caza por la mañana á los jardines, lo cual no le era posible en Madrid. A más de que en el campo estaba siempre con vestido de caza, que era, en invierno, casaca de paño liso de color de corteza de árbol claro, chupa de ante, con un galón de oro estrecho al borde, y calzón de ante negro, de la fábrica excelente que estableció en el lugar de Aravaca, inmediato á Madrid. En verano la casaca era de camelote ceniciento; la chupa, de seda azul con galón de plata, y el calzón el mismo.

Cuando tenía que vestirse de gala se ponía, de muy mala gana, sobre la chupa de campo, un vestido rico de tela, guarnecido á veces con una muy rica botonadura de diamantes, y, abotonándose la casaca hasta abajo, cubría la chupa de ante, de que no dejaba á veces de descubrirse alguna punta. De este modo se presentaba á la Corte, á la capilla y al besamanos, y luego que pasaban las dos ó tres horas de la ceremonia, apenas había entrado en su cámara, que se quitaba la casaca, echando un gran suspiro, y diciendo: *¡Gracias á Dios!*, como quien se había libertado de un gran peso; y si era verano, se quitaba el corbatín y la peluca para retirarse á dormir por una hora la siesta. Cuando tenía zapatos, vestido ó sombrero nuevo, era para S. M. un martirio, y antes de que se determinase á tomar el sombrero nuevo, estaba éste

á veces ocho días sobre la mesa al lado del viejo, de que poco á poco se iba desprendiendo, y que, dejado un día, no se le volvía á poner allí porque no volviese á él. Con todo, era sumamente limpio en su interior y exterior, y no podía sufrir una mancha, ni que, al quitarle la camisa, le rompiesen los encajes, de que usaba siempre. Entonces solía decir, aunque sin un enfado formal: *Poca maña, poca maña, amigo.*

El Duque de Medinaceli, que sucedió á Montealegre en el empleo de Mayordomo mayor, creyendo hacer una gran cosa, le puso un día al Rey una comida que creyó mejor, porque no era la que acostumbraba. S. M. se quedó casi sin comer, y al levantarse sólo le dijo con gran paz: *Medinaceli, ya lo has visto, no he comido nada.* No era posible estar á su lado sin ver ejemplos continuos de la mayor moderación y virtud.

En su interior era el hombre más suave, humano y afable con todas las personas de su servidumbre, entrando en los intereses y asuntos familiares de cada uno, sobre todo con los que más lo necesitaban. Jamás se le vió proferir una mala palabra, y su enojo nunca pasó á ser cólera, porque como siempre era pacífico y dulce en su trato, su seriedad bastaba para hacer aún más impresión que la furia de otro cualquiera, á los que tenían la desgracia de merecer su indignación. Un día le servía la copa un criado an-

ciano, que no sé por qué acaso le tuvo esperando gran rato sin traerle de beber. El Marqués de Montealegre, enfadado de ver á S. M. esperarle tanto tiempo con las manos cruzadas, luego que le vió aparecer, aunque venía á su modo á carrera abierta, le hizo señas de enojo. El Rey, que lo presumía, y le vió de reojo, como solía, le dijo: *Montealegre, déjale al pobre. ¿Te parece no lo habrá sentido él más que yo?* El interesado y todos los que lo oímos quedamos edificadas y llenos de ternura y amor á un tan digno Soberano. Reflexiónese cuán diferente hubiera sido en nosotros el efecto de un enfado del Rey, con el cual no hubiera enmendado ciertamente lo pasado.

Gustaba de chancearse, y aun á veces entraba en chanzas que, no limitándose al matrimonio, parecerían singulares, y no se las permitiría su ejemplar modestia ciertamente; pero que, no saliendo nunca de estos límites, ni teniéndolas sino con las personas casadas, hablándoles de sus propias mujeres, y de si tenían ó no sucesión de ellas, hallaba su naturalidad y pureza de alma no poder interpretarse de otro modo.

Conocía que la regularidad en la vida y la distribución inalterable de las horas de un Monarca es tan necesaria para la seguridad y tranquilidad de los que le rodean, como la invariabilidad del curso del sol y de los planetas para reglar sobre ella las estaciones y acciones de la

vida, y así, á más de tener una distribución tan reglada como lo veremos en adelante, nunca adelantaba ni atrasaba un minuto la hora que daba para cada cosa, y le he visto estar con la mano sobre el picaporte para no salir de su interior hasta dar la hora que había indicado á los que le esperaban fuera. La única ocasión en que solía permitirse el salir tres ó cuatro minutos, y no más, antes de la hora, era por la mañana cuando salía á vestirse, porque sabía que los más de los gentiles hombres estaban allí antes. Pero si por casualidad venía alguno cuando estaba ya fuera, si no había dado aún la hora señalada de las siete, luego que entraba le decía: *Amigo, yo he faltado y no usted, porque la hora indicada no ha dado aún.* Si se venía después de ella por acaso, y el que faltaba era de los exactos, decía, riéndose: *Amigo, habrá usted encontrado al Santísimo, á quien habrá acompañado, ó las carretas le habrán detenido en el camino.* Si el que faltaba era de los que tenían costumbre de descuidarse, no les hablaba una palabra, y su silencio é indiferencia era una muy sensible reprensión para cualquiera.

Servíale un día como Mayordomo de semana el Marqués de N..., mozo joven y alegre, y faltó á la hora precisa de la mesa. Otro imprudente y tonto de los que servían á ella dijo á S. M. para congratularse y hacerse el gracioso: *Ha*

estado bailando anoche hasta tarde. El Rey le respondió en términos de no dar crédito á lo que le decía. Llegó, pues, el Mayordomo, que, como muchacho, se había frotado un carrillo para hacer parecer tenía alguna cosa. S. M., sin dejar de conocer el ardid, le dijo: *¿Qué tienes?* Y él respondió: *Señor, las muelas.* (Y no mintió.) Entonces replicó el Monarca, advertido: *¿Ves, N., como no era capaz de faltar á su obligación sin un justo motivo?* Así enseñó al Marqués para otra vez, y reprendió discretamente al imprudente y necio adulator que había querido divertirse á su costa. S. M. gustaba mucho de las travesuras y vivezas de los muchachos cuando eran inocentes.

Era susceptible de amistad y confianza, y reconocido á los que veía le servían con gusto y cariño. Nombraba para cada jornada cuatro gentiles hombres de cámara, entre los cuales había dos ó tres que, el uno por su torpeza natural, el otro por su continua tos y gargajeo, y el otro por lo que le olía la boca, eran sumamente desagradables para tenerlos á su lado en una servidumbre íntima. Parece que la desgracia quería que estos hombres rabiaban por servir al Rey, que, por reconocimiento, los nombraba muy á menudo, no obstante las representaciones que le hacía el Sumiller, Duque de Losada, al cual respondía: *¡Déjalos, hombre, los pobres tienen tanto gusto en ello!* Su amor á todo lo

que le servía llegaba á tal extremo, que se aficionaba, y le costaba separarse de las cosas de su uso, de modo que llevaba en su faltriquera varias cosas que le habían servido desde su infancia; y cuando, después de treinta años de uso, le rompieron en Madrid la taza de china en que tomaba el chocolate, y que le servía desde que salió de Sevilla, tuvo sentimiento de verse privado de ella.

Aunque comía bien, porque lo exigía el continuo ejercicio que hacía, era siempre cosas sanas y las mismas. Bebía dos vasos de agua templada, mezclada con vino de Borgoña, á cada comida, y su costumbre era tal en todo, que observé mil veces que bebía el vaso (que era grande) en dos veces, y la una llegaba siempre al fin de las armas que había grabadas en él. Al desert mojaba dos pedazos de pan tostado en vino de Canarias, y sólo á la cena, y no á la comida, bebía lo que quedaba en la copa. Después del chocolate bebía un gran vaso de agua; pero no el día que salía por la mañana, por no verse precisado á bajar del coche.

Amaba la agricultura, las artes, y, sobre todo, las fábricas, y con exceso el edificar, por lo cual el Marqués de Squilace le decía *que el mal de piedra le arruinaba.* Trajo de Nápoles una porción de artistas que trabajaban en mosaico de piedra dura, de la que se trabaja en Toscana, don-

de la usan, con la mayor perfección, y una fábrica de porcelana, que estableció en el Retiro, y que sirvió más para su propia diversión que para utilidad pública, pues la pasta no era buena. Este mosaico de piedra dura, que son lo que se llaman chinarrros pelados, es sumamente difícil y costosa, de modo que una media mesa de un tamaño regular, de las que se ponen en las entreventanas, debajo de los espejos, no baja de 20.000 pesos, y no se aturdirá el que sepa el modo cómo se hace este mosaico. Los chinarrros se sierran en hojas del grueso de un medio duro, para que descubran las vetas. Después, según lo exige el dibujo, se van sacando de ellos los colores necesarios para formarle. Á este fin, se hace un agujerito junto al pedazo que acomoda; por él se pasa un alambre delgado, de que, por medio de un arco, se forma una sierra, que, con agua y unos polvos, se corta sólo aquel pedacito que se necesita, según el dibujo, y así se va formando poco á poco todo él. Véase cuánto trabajo y prolixidad se exige para completarlo, y se reconocerá que es una fábrica de lujo más que de otra cosa. Este género es mejor para frutas y paisajes que para la figura; no obstante que ésta se trabaja; y es mucho más hermoso, acabado y sólido que el de la composición de Roma.

Su alma era tan grande, que en todo quería

lo mayor, y así logró que en San Ildefonso se hiciesen espejos de 160 pulgadas, que son los primeros que se han hecho de ese tamaño. En su fábrica de porcelana hizo dos gabinetes enteros de ella: paredes, techo, suelo y mesas. El uno está en Madrid y el otro en Aranjuez. También se está trabajando un friso soberbio de mosaico para otro gabinete, que será igualmente único en Europa. Y así era en todo. Por consiguiente, lo que era destrucción se oponía diametralmente á su genio, y no podía sufrir se cortase ni un árbol sin gran necesidad. Esta fué la causa de que, habiendo mandado hacer el camino de El Pardo á Madrid atravesando el bosque de encinas, se hizo menos derecho de lo que pudiera haber sido, por evitar la corta de árboles, y, junto á El Pardo, se dejó uno en medio de una plaza, para acreditar á S. M. se habían libertado todos los posibles.

Su castidad era extrema, y, no obstante que su temperamento robusto y la costumbre contraída en su matrimonio exigía aún su continuación en la edad de cuarenta y cuatro años, en que perdió su mujer, jamás quiso volverse á casar, y para minorar y resistir las tentaciones de la carne, dormía siempre sobre una cama dura como una piedra, y si de noche se hallaba agitado, salía fuera de ella y se paseaba descalzo por el cuarto.